vida os asistirá, en la muerte vendrá á recibiros, bajará al purgatorio á libertaros, y os presentará á Jesús en las delicias de la gloria.

Voz de las hijas.

¡Bendita seas, Madre mía! oído hemos tu voz y quedamos encantadas; procuraremos obedecerte en todo; pero no nos abandones: se tú nuestra luz, nuestra guía y nuestra más dulce esperanza!

CAPITULO II

El Esposo, flor y lirio.—La esposa, azucena. El Manzano.—Su sombra y su fruto.—La bodega de los vinos.—El desmayo socorrido con flores y manzánas.—La izquierda y la derecha del Señor.—El sueño no turbado.—La corza y el cervato.—El acecho tras la pared.—Amiga, paloma.—Invierno y primavera.—Paloma en los agujeros de la peña.—Las raposas.—El Rey coronado.—La vida y la muerte.—La voz de María.

En este capítulo continúan alternando los Esposos sus mutuas alabanzas, haciendo siempre uso de comparaciones campestres y ocultando bajo estos sencillos emblemas grandes misterios. Y aun parece que cuando la frase es más llana y sencilla, penetrando en su fondo es más fecunda y conceptuosa, como lo ire-

mos viendo en la declaración de cada verso. Sólo que nuestra marcha será más rápida, porque conteniéndose en el primer capítulo las verdades más fundamentales con respecto al gran misterio de la Encarnación, conveniente era tratarlas con más cuidado y detenimiento, y eso facilita la explicación del resto, que no son sino las consecuencias de aquellas primeras verdades. Mas no por eso queremos significar que los demás capítulos de este libro divino dejen de ser preciosos é interesantes, pues como todo él es el epitalamio de las bodas del Verbo con la humana naturaleza, misterio grande, escondido por todos los siglos en Dios, como dice San Pablo, todo el Cántico respira, por decirlo así, el aroma de Jesucristo, y no menos el de la Virgen Inmaculada, su divina Madre. De ella nos hemos propuesto declarar este Cántico divino, pues siendo su objeto celebrar la unión de Cristo con la Iglesia, como María nuestra Madre es de ella una parte principalísima, claro es que de un modo especial le concierne, y que sin violencia ninguna puede serle aplicado.

Esto supuesto, entremos á la declaración de los versos que componen este segundo capítulo.

VERSO I.

Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles.

Es el Esposo el que aquí habla, y con la comparación sencillísima de la flor, quiere darnos á entender sus excelencias, siempre como Dios Hombre en el misterio de la Encarnación. ¿Por qué se llama aquí, pues, flor del campo? San Jerónimo, y con él todos los doctores, recuerdan aquí la profecía de Isaías que anunciaba al Salvador bajo el emblema de una flor, diciendo: «Una vara saldrá de la raíz de José, y de esta raíz se levantará una flor.» (Isai. XI. 1.) Flor que nunca se marchita, flor que siempre conserva su hermosura, cuyo aroma no disminuye, cuyo vigor no perece; siempre cándida y rubicunda; siempre olorosa,

fresca y llena de atractivos. Y así como la flor proviene del rocío del cielo y de la fecundidad de la tierra, así el Señor es del cielo en cuanto su divinidad, y en cuanto su humanidad es de la tierra. Mas ¿por qué se llama flor del campo? Lo primero, porque así como la flor es el adorno y la hermosura del campo, así Jesucristo es el ornato, el decoro y la hermosura del mundo, dice San Ambrosio; lo segundo, porque del mismo modo que la flor del campo no está encerrada como las de los jardines ni pertenece á un solo dueño, sino que á todos es patente y todos pueden gozar de ella, así el Señor nació en el mundo para bien de todos y vino á salvar á todos los hombres; lo tercero, porque así como la flor del campo es conculcada y pisoteada por los caminantes, y más aún por los animales que vagan por los campos, así el Señor fué conculcado y pisoteado en su pasión, y aun ahora en su Sacramento es despreciado y ultrajado por los malos cristianos y por los herejes; pero como la flor desgarrada y despedazada suele derramar mejor su aroma, así nues-

tro Señor en sus humillaciones y trabajos hizo resplandecer más sus virtudes; lo cuarto, porque así como la flor del campo nace por sí misma, sin que el hombre la siembre ni la riegue, así nuestro divino Salvador fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen, y todo esto fué no por obra de varón, sino por obra y gracia del Espíritu Santo. Muy hermosamente lo dice San Ambrosio por estas palabras: «Cristo es la flor de la Virgen María, que derramó por todo el mundo el buen olor de la fe, habiendo germinado de un vientre virginal».

Algunos doctores creen que esta flor de que aquí se habla es la rosa, que es hermosísima y reina entre las flores. Y el campo es la misma Virgen santísima, en la cual nació, y á ella acuden todos los que quieren obtener esta flor, como al dichoso campo que la produce.

En cuanto al lirio de los valles, llamado así porque en los valles se juntan las aguas, y el lirio mucho las apetece, es también Jesucristo nuestro Señor, lirio de castidad y de pureza, que florece en

los corazones humildes, donde se juntan las aguas de las gracias. Cinco cosas se admiran en el lirio, dice un doctor: su blancura, su color de oro en el centro, su aroma, su elevación, y el estar doblegado; y así Jesucristo es cándido en su humanidad, de oro en su divinidad, aromático en su predicación, elevado por su doctrina, doblegado para recibir siempre á los pecadores. También se advierte que el lirio es tan fecundo que de una sola raiz produce hasta cincuenta bulbos; así como de Cristo han venido centenares y millares de cristianos. Finalmente Jesucristo es flor del campo mientras vivió en el mundo, y lirio de los valles floreciendo eternamente en la gloria.

VERSO 2.

Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.

Acababa de decir el Esposo que él es el lirio de los valles; y así como el

campo del cual es flor, es la Virgen santísima de quien nació, así los valles del lirio son su purísimo cuerpo y su humildísima alma, pues en los hondos valles de la humildad es en donde florece el hermoso lirio de la pureza. Mas como la Esposa es tan semejante al Esposo, y María tan semejante á Jesucristo, que en este mismo Cántico se le llama escogida como el sol, por eso el Señor le participa la alabanza de sí mismo, que se llama lirio, y le dice: «Como lirio entre las espinas, así mi amada entre las hijas: Si yo soy lirio, ella también es lirio; si yo soy el Rey de las vírgenes y el amador de la castidad, ella es la Reina y Virgen de las vírgenes; si yo apaciento entre los lirios de los corazones puros, ella es la azucena que descuella entre las innumerables vírgenes que la rodean, y que en pos de ella con regocijo y alegría á mí, Rey inmortal y eterno, en el templo me han sido presentadas; y aunque son doncellas puras que siguen á mi Madre como á su Reina y capitana, ellas, con todas sus vírtudes, no son más que secas y agudas espinas, comparadas con la

Purísima é Inmaculada María. «Como la azucena entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.» ¿Cómo no recordar aquí con corazón gozoso la tierna ceremonia de la recepción de las Hijas de María? Después de resonar en las bóvedas del templo el Ave dulcísima á la estrella del mar, llamadas por su nombre van acercándose las jóvenes dichosas, cubiertas de blanca túnica, el velo virginal sobre el semblante y coronadas de cándidas rosas; trémulas de emoción se allegan á las rejas y allí prometen cultivar aquellas cuatro virtudes: la caridad y la humildad, la obediencia y la pureza; la pureza sobre todo, la celestial pureza que consagran al Señor bajo la egida de María, cuya dulce imagen elevada en el altar, parece mirarlas con amor y enviarlas una sonrisa de celeste aprobación; y con sus manos abiertas, de de donde salen rayos fulgurantes, mandarles una lluvia de gracias y favores. ¡Pero cuán grande es su virtud y cuán pequeñas ante ella las de sus hijas! Al fin ella, concebida sin pecado, es purísima azucena de blancura sin mancha,

mientras sus hijas, nacidas con el pecado de origen, son espinas punzadoras que no tendrían entrada en el jardín celestial, si el bautismo no arrancara esas espinas. Mas como siempre quedan sus tristes resabios y reaparecen con los pecados actuales, siempre puede decir el Señor al ver á esas jóvenes rodeando el altar de María: «Como azucena entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.»

¡Oh hijas muy queridas de María Inmaculada! destruid esas espinas de las culpas que punzan á vuestra Madre cuando os acercáis á abrazarla: purificáos más y más; lavad vuestras estolas en la sangre del Cordero, esto es, vuestras almas en el Sacramento de la Penitencia; acercaos cada día, si os es posible, al sagrado banquete, para que más y más os asemejéis á vuestra Madre y Reina, la Azucena de los cielos! ¡Ojalá y que á nadie seais jamás motivo de tentación ni de pecado, y que á nadie puncéis con agudas espinas! Oid lo que dice el piadosísimo Dionisio Cartusiano de vuestra Madre y de vosotras: «Aunque haya habido y ha de haber siempre

muchas vírgenes puras y santas, mas en comparación de la Virgen santísima, considéranse como espinas, en cuanto á que siempre tienen algo de culpa; y aun cuando estén limpias, no está en ellas el fomes extinguido, y sirvieron de espinas para otras que con su aspecto sentían las punzadas de la concupiscencia. Sólo la Virgen María, inmune de toda culpa, tuvo extinguido enteramente el fomes, y encendida en ardiente caridad, á todos cuantos la miraban los penetraba con su inestimable pureza, llenándolos de castos y santos deseos.»

VERSO 3.

Como el manzano
entre los árboles de las selvas, así
mi Amado entre los hijos.

A la alabanza del Esposo corresponde la Esposa con otra muy semejante. El la ensalza entre las hijas, y Ella le alaba entre los hijos; para él todas las jóvenes,

aunque santas, junto á su Esposa son espinas; para ella los santos y los ángeles, ante su amado Dueño, son árboles silvestres; Ella es la azucena deliciosa; El es el manzano de sabrosísimos frutos. Al llamarle, pues, manzano entre los árboles de las selvas, es como si dijera: «Cuanto el manzano excede y supera á los árboles silvestres, cuanto es más útil que ellos saneando el aire donde arroja su sombra, cuanto mejor que las espinas son las manzanas, cuanto el hombre que de estas come, vale más que los animales que comen las bellotas, tanto y mucho más mi Esposo celestial supera á todos los hombres y aun á todas las criaturas.» Y con mucha razón, dice San Gregorio Papa, por el manzano se figura á Cristo, y á los otros hombres por los leños silvestres: porque en solo Cristo hallamos manjar de salud cuantas veces lo buscamos, nutriendo nuestras almas con el suave y saludable fruto de sus palabras y ejemplos. El será el arbol de la vida que á nosotros nos la participa; El es el que apacienta nuestras almas cuando á sí mismo se nos inspira. Y en cuanto á las

criaturas, si hallamos algo en ellas que nos sustente, no es de ellas, sino del mismo Cristo, pues lo que hay en las criaturas fuera de Dios, es para nosotros un veneno mortal.» «Bajo la sombra del que había deseado me senté, y su fruto es dulce á mi garganta.»

Insiste la Esposa en la comparación del manzano, y así como este arbol dá fresca sombra donde descansar, y presenta un fruto sabroso al paladar, así Jesucristo dá la sombra de su protección y providencia, la sombra de la fe, que es oscura y nebulosa; y la sombra del Espíritu Santo, que refrigera el ardor de las pasiones. Sobre todo, Cristo en la Eucaristía es el árbol del manzano, que expuesto en la custodia ó reservado en el sagrario, nos dá benigna sombra, y en ella nos sentamos á descansar cuando vamos á visitarle, y su fruto es dulce, dulcísimo á nuestra garganta, cuando en la comunión le recibimos. Mejor que nadie sabía todo esto la Virgen María cuando daba al Señor esta alabanza que, respecto de ella, es especial. Porque la sombra del Señor la cubrió, como se di-

ce en el Evangelio: «El Espíritu Santo sobre tí vendrá y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.» Esta sombra deseaba ardientemente la Bienaventurada Virgen, cuando ansiaba y suspiraba por la Encarnación, y bajo ella se sentó y dentro de sí recibió su dulcísimo fruto, que después de la Ascensión de Jesucristo á los cielos recibió millares de veces en la santa Eucaristía. También el árbol de la cruz es el manzano del muy amado, y á su sombra estaba María Madre de dolores: y así como Eva gustaba la manzana prohibida, así María saboreaba las amarguras del fruto de la cruz, que era su Hijo colgado de ella. Y no se diga que el fruto del manzano se llama dulce, y en la Pasión del Señor todo es amargo, porque en esta amargura se encuentran muchas delicias, y las almas que tienen experiencia saben muy bien que en la meditación de la Pasión de Jesucristo se encuentra una dulzura inexplicable. Y si las almas de los santos han deseado tanto la cruz, suspirando por ella con vivas ansias, hasta querer, «ó padecer ó morir», como Santa

Teresa; ó «padecer y no morir», como Santa Matilde; ó hasta hacer como escrúpulo de su contentamiento en la cruz, como la Bienaventurada Margarita de Alacoque: por aquí podemos imaginar cuál sería el ardor con que la Virgen santísima suspiraba por la cruz, y cómo ansiaba por ponerse á su sombra, y gustar sus amarguísimas dulzuras, y cómo en este sentido pudo muy bien decir: «Como el manzano entre los árboles de las selvas, así es mi Amado entre los hijos. A la sombra de Aquel que había deseado me senté, y su fruto es dulce á mi garganta.»

Y finalmente, esto tiene su plena consumación en el cielo, donde á la sombra de su Hijo divino, Arbol de eterna vida, que la difunde en todos los santos, descansa para siempre saboreando los exquisitos frutos de la bienaventuranza.

VERSO 4.

Introdújome en la bodega de los vinos;
ordenó en mí la caridad.

Es de saber que en las casas de los magnates, y principalmente en los palacios de los reyes, hay un departamento situado lejos del calor, donde se guardan con cuidado varias clases de vinos y licores para el uso de la mesa y esplendor de los banquetes. Allí se tienen vinos fabricados de muchos años atrás, pues es sabido que el tiempo los mejora, y que cuanto más añejos son más generosos y apreciados. Los lugares, pues, donde así se depositan los licores se llaman cuevas, porque suelen estar subterráneas, ó bien bodegas de los vinos, y suelen visitarse para admirar las ricas colecciones de ese género, y aun para probar y saborear de aquellos caldos generosos. Así aquí, el Esposo lleva á la Esposa á visitar sus bodegas; y esto es lo que ella, agradecida, les cuenta á

las jovencitas que la acompañan. Como después de comer se excita la sed, por eso después de saborear los frutos del manzano, es conducida la Esposa á beber á la cueva de los vinos.

Para el alma esta bodega de vinos significa ya la santa Iglesia católica, donde se hallan el vino de la predicación y el vino de los Sacramentos; ya el Espíritu Santo, que desciende sobre las almas, pareciendo embriagarlas como á los Apóstoles en Pentecostés; y ya muy particularmente, la Misa, y el Altar, y la Eucaristía; y así dice el sacerdote al comenzar el sacrificio: «Entraré al altar de Dios», al Dios que llena mi juventud de regocijo»; como si dijera: entraré á la bodega de los vinos, pues que el vino, dice la Escritura, alegra el corazón del hombre. Y á esta bodega, millares de veces fué introducida la Virgen santísima, que después de la Ascensión del Señor, diariamente comulgaba de manos del amado discípulo, embriagándose santamente en el amor divino. El Abad Ruperto dice que María nuestra Señora fué introducida á la bodega de los vinos

cuando en las bodas de Caná, faltando el vino, les procuró á los convidados, por un milagro que obtuvo de su divino Hijo, un vino abundante y delicadísimo, para denotar que en las nupcias del mundo todo, procuró por medio de Jesucristo el vino místico, esto es, la incorrupción de las almas y la inmortalidad de los cuerpos.

La cueva de los vinos es también la santa contemplación, que en la santísima Virgen fué dulcísima y continua, y en la que gozó delicias que no es dado expresar. Y en el cielo aun más perfectamente se goza de los vinos del Señor, que son las cuatro dotes gloriosas del cuerpo; y las tres del alma, que son: ver, gozar y poseer á Dios.

Mas ¿qué quiere decir, «ordenó en mí la caridad?» En la lengua sagrada se significa ordenar en batalla, ú ordenar para el combate, pues expresa: la «Bandera sobre mí, la caridad», porque así como la fuerza y virtud del ejército consiste en el orden de los soldados y escuadrones, y la bandera levantada en alto es quien los ordena, así en el interior del

alma la caridad es la que ordena todo el ejército de las virtudes y potencias, y sin ella nada valen para impugnar al demonio. Esta bandera es el mismo Cristo, que es todo amor, pues como dice el discípulo amado: «Dios es caridad.»

Y así, él mismo es la bandera levantada en alto en la cruz, señal á la cual se contradeciría, cual anunció Simeón; pues no sólo le contradijeron los judíos, sino aun hoy le contradicen los impíos, los malvados, los gobiernos, los masones; mas si por una parte le contradicen y odian, una gran multitud de almas le aman y le adoran, y como soldados siguen por todas partes la bandera de su cruz, y dicen con el Apóstol: «Ordenó en mí la caridad», ó levantó sobre mí la bandera del amor; pues Jesucristo fué siempre el blanco de todos sus deseos, y al pie de la cruz estuvo firme y constante, como el soldado al pie de su bandera. Y tan ordenada estuvo en ella la caridad, que más quiso ver morir á su santísimo Hijo, que el que las almas pereciesen; y así la hace decir el Abad Ruperto: «Ya desde mucho antes me había

enseñado el Señor el orden de la caridad, y que llevase conmigo la espada de mi dolor, aunque sintiese destrozar mi alma; pero sin pensar ni desear que el Señor mudase sus designios de cruz y de muerte, que le habían de traer gloria y honor del género humano.» Así, María nuestra muy amada Madre, fué como un fuerte soldado, ó más bien como valerosa Capitana, que estuvo firme, aunque llena de dolor, al pie de la bandera del Soberano, esto es, junto á la cruz de su Hijo crucificado; y así nosotros, pobres soldados, debemos decirle:

Contigo junto al madero,
Quiero estar y llorar quiero
Por la muerte del Cordero;
Para que cuando yo muera
Vuele á la celeste esfera
Que es la patria verdadera.

Amén.